

[Publicado previamente en: *Revista de Arqueología* 3, marzo 1981, 7-12. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, revisado y con bibliografía ampliada, como parte de su *Obra Completa* y bajo su supervisión].

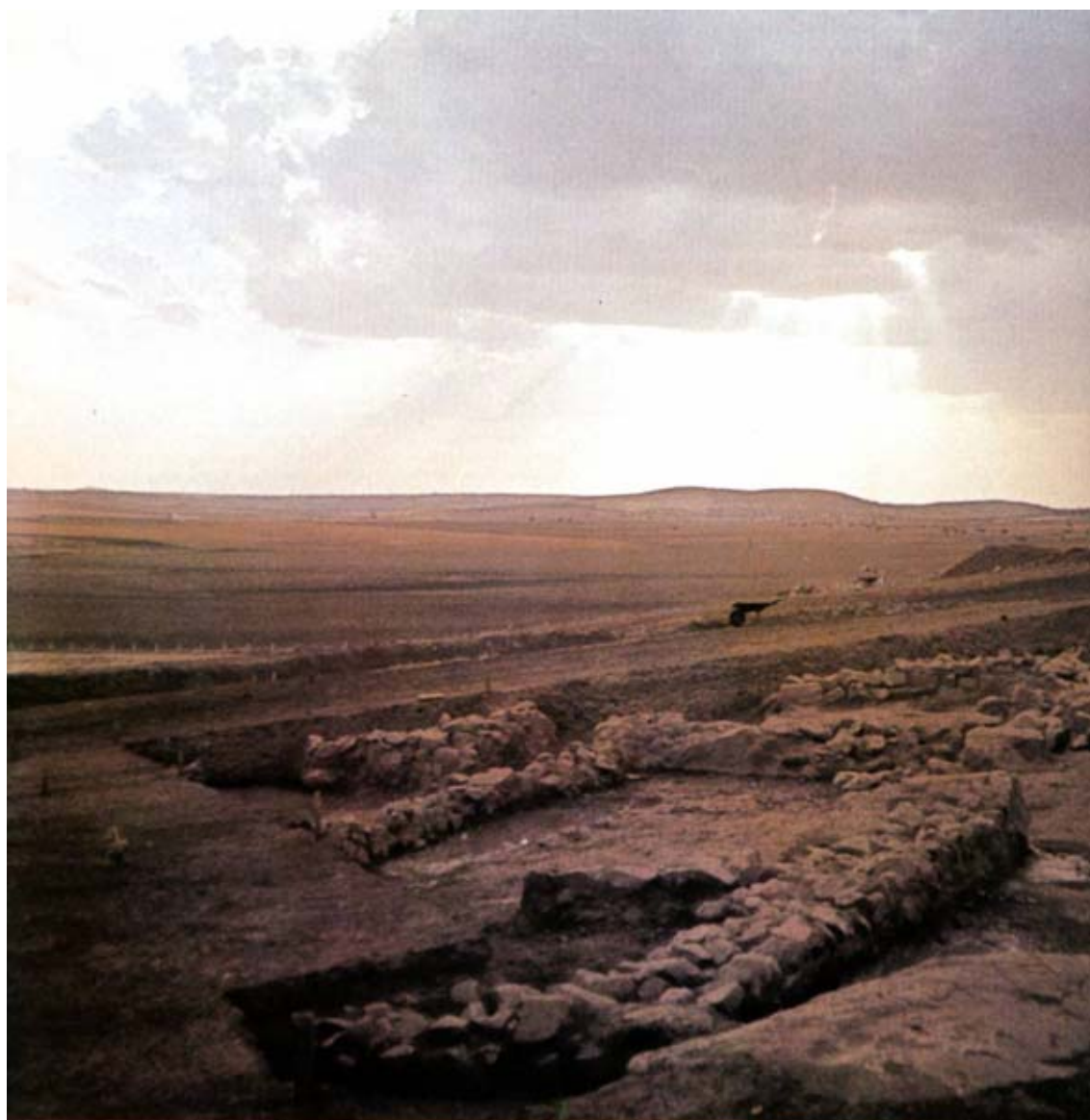
© Texto y fotos, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Poblado de esclavos mineros en Fuenteobejuna

José María Blázquez Martínez

La Península Ibérica fue, durante la Antigüedad, la zona más rica en minas de todo el Mediterráneo y de Europa. Roma, que dominaba un continente pobre en recursos minerales, con pocas excepciones, supo aprovechar su régimen de producción esclavista para obtener todo tipo de metales en nuestra península, auténtico El Dorado del mundo antiguo. Autores griegos como Timeo, Polibio, Diodoro y Estrabón y romanos como Plinio no se cansan de alabar esta fabulosa riqueza cuando hablan de nuestra península.



Diodoro, historiador contemporáneo de Augusto, nos da una serie de datos muy significativos sobre las minas hispanas, a partir de las obras de Polibio y Posidonio. Según estos historiadores, todas las minas explotadas por los romanos lo habían sido antes por los cartagineses y los reyezuelos ibéricos. Los trabajos en las minas eran efectuados por esclavos, hispanos con toda probabilidad, brutalmente tratados por los capataces. La vida media de estos esclavos era bajísima. La riqueza de las minas originó una verdadera colonización itálica; emigrantes que amasaron gigantescas fortunas en poco tiempo. Por las mismas fuentes sabemos que ya se habían introducido las técnicas más avanzadas para achicar el agua en las explotaciones como, por ejemplo, los tornillos de Arquímedes, las bombas de Ctesibios y otras de las que han aparecido en número elevado en las minas del sur de la península Ibérica.

El Derecho Romano no conoció la propiedad del subsuelo. Todas las minas situadas en territorio bajo administración de Roma pertenecían al pueblo y al Senado romano que las podía explotar directamente, o bien arrendar su explotación. Según el profesor norteamericano Tenney Frank, estudioso de las fuentes económicas romanas, y el italiano Gabba, los gobernadores romanos dirigían las explotaciones mineras a través de los censores y los ingresos eran depositados en el erario de Roma al final de su gobierno. Así sucedía al menos en los primeros tiempos de la conquista de Hispania por Roma. Cuando las sumas ingresadas disminuyeron, hacia el año 179 a.C. la explotación pasó a las compañías de publicanos, lo que motivó una fuerte corriente migratoria de itálicos. Desde finales del siglo II a.C., el Estado Romano había transferido al dominio público las propiedades de los Bárquidas, especialmente las salinas y las minas. Ahora entregaba la explotación salina de Cartagena a una sociedad que pagaba por ello su contribución al Estado. En los dos primeros siglos, las minas fueron estatales y eran explotadas por publicanos, como se deduce de la afirmación de Estrabón y del gran número de esclavos que trabajaban en ellas. Recientemente dos investigadores, Bruno y Badian, han defendido la tesis de que desde los tiempos del gobierno de Catón las explotaciones mineras se encontraban en manos de las compañías de publicanos, en beneficio del Estado. Incluso conocemos los nombres de alguna de las compañías que trabajaban en Hispania. Según Cicerón, una de ellas explotaba las minas de Almadén. La *Societas Castulonensis* tenía su sede en Cástulo (Linares, Jaén) y controlaba todas las minas de Sierra Morena, Había varias más en el sureste. Todas ellas extraían a finales de la República Romana.

En el año 195 a.C. el cónsul Catón, durante su gobierno en Hispania, impuso una fuerte contribución a las minas de hierro y plata del noroeste, en manos de publicanos. En época de Estrabón, estas compañías habían cesado ya su explotación. Quienes explotaban las minas no eran verdaderos propietarios, sino poseedores más o menos estables, concesionarios perpetuos en ocasiones, sometidos a la legislación vigente. Los minerales pertenecían al propietario del suelo. Para extraer mineral en las provincias era necesario el permiso de su dueño, el Senado Romano. Según parece, los trabajos en las minas de Sierra Morena quedaron interrumpidos con ocasión de la guerra civil entre César y Pompeyo. El capital empleado en ellos se invirtió en explotaciones agrícolas llegando a la prosperidad agraria, de la que nos habla Estrabón, en época de Augusto. El trabajo en las minas, al menos en algunas de ellas, se reemprendería a mediados del siglo I.

Una mina romana del siglo I a.C.

En la finca «La Loba», perteneciente al término de Fuenteobejuna (Córdoba) se encuentra una mina de plomo argentífero, explotada por los romanos en la primera mitad del siglo I a.C. Está situada no lejos de varias otras importantes minas explotadas también por Roma.

Un equipo internacional ha realizado tres campañas arqueológicas en la mina de la que hablamos. Componen dicho equipo, arqueólogos franceses, dirigidos por el profesor C. Domergue de la Universidad de Tolouse, ingenieros de la Escuela de Minas de Bélmez (Córdoba) bajo la dirección del ingeniero Rafael Hernando, y arqueólogos españoles de las Universidades de Granada, Santander y Complutense de Madrid, a las órdenes del autor de este trabajo. En la última campaña se ha incorporado también un ingeniero polaco.



A la izquierda, uno de los sistemas de drenaje y desagüe formado por cuerpos cerámicos enchufados entre sí. A la derecha, detalle de la excavación.

Hasta el momento presente se ha efectuado la exploración del filón principal de la mina, El trabajo de los ingenieros se ha centrado en el estudio geológico y cartográfico de todo el cerro donde está ubicada la mina; se han excavado varias de las viviendas de los mineros y los almacenes, situados a boca de mina. El descubrimiento de estos almacenes es de una gran importancia ya que es la primera vez que se encuentran los almacenes de una mina romana; además su fecha primitiva de construcción (siglo I a.C.) aumenta el valor del hallazgo.

La mina, de plomo argentífero, está situada en un cerro de granito, de mediana elevación y fue explotada en busca de cobre en el segundo milenio a.C., a comienzos de la Edad del Bronce. El campamento minero de esta época no se encontraba junto a la boca de la mina, como es lo normal en tiempos romanos, sino en un cerrete contiguo a la actual carretera Peñarroya-Fuenteobejuna, a un kilómetro de distancia de la explotación. Allí se ha excavado el hábitat de estos mineros de la Edad del Bronce. Vivían en chozas, tenían una cerámica negra y tosca, fabricada a mano. También se han encontrado puntas de flecha de una calidad insuperable, algunos fragmentos de vasos campaniformes y escorias de fundición que se encuentran en proceso de análisis con el fin de conocer las técnicas que utilizaron. Junto a la boca de la mina han aparecido muchos picos de piedra, usados para extraer el mineral y que se diferencian de los romanos muy

fácilmente. Frente a este cerro, habitado en el segundo milenio, hay un segundo, mucho mayor, asiento de otro poblado minero de fecha posterior aunque sin determinar todavía. Según parece, debe datarse en época inmediatamente prerromana y demuestra, confirmando así la afirmación de Diodoro, que todas las minas hispanas explotadas por los romanos, lo habían sido antes por los cartagineses y, antes aún, por los indígenas. Este segundo poblado minero tiene, como particularidad notable, las casas excavadas en la roca y su urbanismo significa un gran avance en comparación con el anterior, pues se trata de verdaderas casas, posiblemente de adobe, mientras que el primero está formado simplemente de miserables chozas de ramaje.

El trabajo en los filones

Los romanos explotaron tres grandes filones en el cerro de «La Loba». Dos de ellos son zanjas a cielo abierto, anchas y profundas, en las que el trabajo era mucho más cómodo que en las excavadas debajo del nivel del suelo. En las paredes y suelo de estas zanjas queda bien claro que los mineros las vaciaban del plomo argentífero y que la excavación seguía la dirección de las vetas del mineral. Como instrumentos de trabajo se empleaban los *mallei*, martillos de piedra dura, de forma oval y bastante pesados. Enmangados en un palo, funcionaban como picos. Se ayudaban por cuñas de hierro y pequeñas piquetas. De todas estas herramientas se han encontrado abundantes ejemplos en mina y almacenes. Sin embargo, el filón más importante de los tres era subterráneo, el método más normal, excavado en la roca granítica. Se ha explorado arqueológicamente un espacio de unos ciento cincuenta metros, que correspondía a la entrada. Prácticamente toda ella estaba obstruida por bloques de granito caído. El filón se dirige casi en vertical hasta el interior del cerro, siguiendo la veta del metal. La galería es alta, pero muy poco espaciosa. En algunos lugares es extraordinariamente estrecha y es necesario andar de lado. Plinio, procurador de la provincia tarraconense en época flavia, prestó especial interés a las minas hispanas en su *Historia Natural* y por él sabemos que para trabajar en las veías estrechas se empleaban mujeres e incluso niños. En la entrada de la mina se talló una escalera en la roca. Es necesario bajar, a trechos, con las manos apoyadas en la pared que chorrea agua. La temperatura en el interior de la mina es fría y el cuerpo acusa enseguida el fuerte contraste entre el asfixiante calor del exterior y el frío húmedo de la mina. Además, se empieza a sudar de manera considerable en muy corto tiempo. La galería tiene al menos, tres grandes chimeneas, hoy taponadas, que fueron entibadas por mineros de Peñarroya para impedir que los bloques de granito se desplomasen y pudiesen causar alguna desgracia fatal entre los arqueólogos y los ingenieros. Estas chimeneas servían como pozos de ventilación y también, seguramente, para extraer el mineral por ellas a través de un sistema de poleas. En otros casos, se sacaba a la superficie en capachos de esparto sujetos mediante una cinta que los mineros pasaban por la frente y cargados sobre la espalda. Al igual que se hace hoy día, según se avanzaba el trabajo en las minas romanas se iba entibando con madera de pino para evitar los derrumbamientos.

En la mina «La Loba» se dedicaron dos campañas a la exploración de este filón. No se pudo llegar al fondo, pues se llenaba continuamente de agua, a pesar de la utilización de bombas para su extracción. Este era uno de los principales problemas que tuvieron que resolver los mineros antiguos y a él se refiere Estrabón. En la parte baja del cerro hay un pozo con apariencia romana y es posible que se construyera precisamente

con la función de drenar la mina. Cuando una exploración minera romana queda abandonada se convierte en un depósito de agua que prácticamente es imposible de vaciar.

Para ver en la mina, los mineros romanos usaban lámparas alimentadas con aceite, sujetas en un gorro de esparto. Han aparecido varias de ellas en los almacenes. Estrabón cuenta que los grupos de mineros se relevaban en el trabajo según la duración de las lámparas. Día y noche, sin horas determinadas, se trabajaba en la mina. En la primera campaña, el equipo español excavó cuatro o cinco casas, situadas junto a las chimeneas. Son habitaciones pequeñas, levantadas sobre el granito y con suelo de tierra. En la parte inferior tienen una pared de piedra, de pocos centímetros de altura, cogida con barro. Debían estar fabricadas de ramaje y serían muy parecidas a las chozas que se ven en la provincia de Cádiz. No tienen bancos y en cada una de ellas se hacinarían cuatro o cinco esclavos en las horas libres del trabajo y durante la noche. En estas chozas han aparecido fragmentos de ánforas, que contendrían el agua tan necesaria en la estación calurosa, vino y aceite. No se han localizado hogares en estas casas.

Los almacenes de una mina

Al otro lado de este filón, sobre la ladera, las dos últimas campañas arqueológicas pusieron al descubierto los almacenes de la mina. Hasta ahora tan sólo se conocían los filones vacíos, alguna casa de minero y algunas fundiciones, situadas en las proximidades de las minas, como en el caso de la de «El Centenillo» en Jaén.



Hay varias razones que han llevado a los excavadores a pensar que las dependencias descubiertas son los almacenes de la mina y no las casas de los mineros. En primer lugar, la gran cantidad de ánforas que aparecen en cada habitación, apiñadas y en buen estado de conservación por lo general. Por otra parte, la ausencia de hogares. Sólo existía uno, y no sólo servían para la preparación de los alimentos, sino para calentarse en los tiempos fríos. La escasez de cerámica común que cabría esperar en gran número si se tratase de casas. Por último la hechura de las paredes, mucho mejor que las de las chozas descubiertas en la primera campaña. Gracias a las gestiones del delegado provincial de Cultura, Manuel Nieto, y del gobernador civil de Córdoba, se pudo disponer en la última campaña de cuarenta y cuatro obreros en paro, con lo que se ha avanzado considerablemente en el descubrimiento de los almacenes. Una simple ojeada al plano de lo descubierto, que ha sido de más de mil metros cuadrados, indica que se está ante un edificio rectangular con multitud de habitaciones que no siguen una urbanización bien planeada. La mayoría de ellas son de forma rectangular y muros relativamente an-

chos, fabricados con piedras, cogidas con barro en la parte inferior. Las paredes debían ser de tapial y, más seguramente, de adobes, de los que han aparecido algunos. En las habitaciones anchas se sujetaría el tejado con pilares de madera, de los que quedan testimonios en algunos pisos, de tierra apisonada por lo general y rara vez de piedra.

Son importantes en este edificio los sistemas de desagüe que, a veces, son tubos de cerámica enchufados unos en otros. Otras veces, las cañerías están hechas con bocas y cuellos de ánforas.

El material recogido en las habitaciones es muy variado. Cuatro modelos diferentes de ánforas fabricados en alfarerías de la región, excepto un tipo que procede de Brindisi en Italia. Estas últimas llevan estampillas con nombres en griego, los de los cosecheros del producto almacenado en ellas, con seguridad, vinos del sur de Italia. Además de vinos y aceite, se usaban estas ánforas para transportar salazones que, en gran medida, constituían la base alimenticia de estas gentes. También se han encontrado muchos grandes platos de la llamada cerámica campaniense, hechos en Sierra Morena, aunque algunos ejemplares son importados. Las lucernas son de tipo helenístico. Las escasas monedas halladas proceden de cecas indígenas salvo un denario romano.

Todo esto es de gran significación y nos puede ofrecer un cuadro completo y estimativo de las relaciones comerciales de este lugar cordobés y los últimos confines del Imperio, o, mejor aún, la interdependencia de cada lugar del mismo; la plata que los ocupantes sacaban de ésta y de otras minas semejantes servía para consolidar el poderío económico y así poder hacerse con el producto manufacturado.

El laboreo en La Loba

Al pie de la mina se encontraban los lavaderos del metal, hoy en muy mal estado de conservación, destruidos por un arroyo de frecuentes crecidas que provocaron corrimientos de tierras. Es de suponer que el procedimiento de laboreo no sería muy distinto del empleado en las explotaciones argentíferas de Cartagena. Polibio escribe refiriéndose a estas minas, que visitó en el siglo II a.C. que la ganga argentífera era arrastrada por una corriente de agua, se la machacaba y se la separaba del agua por medio de tamices. Los sedimentos se trituraban de nuevo, se filtraban y, separadas las aguas, se machacaban aún otra vez. Este quinto sedimento se fundía y, separado el plomo, quedaba la plata pura. Una explotación minera como la que aquí se trata requería el trabajo de varios cientos de esclavos proporcionados por las guerras hispanas, como la sertoriana (80-72 a.C.) o las campañas de César contra lusitanos y galaicos (61-60 a.C.). Unos esclavos se dedicaban a la extracción del metal, otros a su preparación y un tercer grupo a la administración. Estos campamentos mineros eran verdaderos campos de trabajo forzado, en los que se explotaba a los mineros sin compasión y sin que tuviesen derechos de ningún tipo. Sólo se buscaba un alto rendimiento, sin interesar a los propietarios que los mineros tuviesen una vida corta o fueran maltratados brutalmente. Si morían o enfermaban eran simplemente reemplazados por otros enseguida. La salida lógica del mineral sería hacia Córdoba a lomos de animales. Desde esta ciudad, capital de la provincia Ulterior, se embarcaba hasta Cádiz para ser enviado a Roma o a cualquier otro punto del Imperio. De esta forma, el metal extraído a la tierra con sangre y sudor de esclavos, iría a cumplir su papel en la economía de Roma o lo que era lo mismo, del mundo.

*Bibliografía actualizada y ampliada respecto a la edición original de este trabajo
(Nota del autor)*

- J.M.^a Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, Bilbao 1978, 253 ss.
- J.M.^a Blázquez, *Historia económica de la Hispania romana*, Madrid 1978, 21 ss.
- C. Domergue, Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sous la République, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 1, 1965, 9 ss.
- C. Domergue, Les lingots de plombs romains du Musée Archéologique de Carthagène et du Musée Naval de Madrid, *Archivo Español de Arqueología* 29, 1966, 49 ss.
- J.M.^a Blázquez – Cl. Domergue – P. Sillières (eds.), *La Loba (Fuenteovejuna, province de Cordoue, Espagne): La mine et le village minier antiques (Ausonius Memoires 7)*, Bordeaux 2002.
- J.M.^a Blázquez, La mina de La Loba (Fuenteovejuna, Córdoba). Las minas hispanas y del Mediterráneo a finales de la República, en *Julio César y Corduba: Tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*. *Actas del Simposio organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba y el Departamento de Ciencias de la Antigüedad y de la Edad Media (Área de Historia Antigua y Filología Latina)*. Córdoba, 21-25 de abril de 2003, Córdoba 2005, 475-500.